

## HOMENAJE A CARLOS SUÁREZ VEINTIMILLA

Ernesto Albán Gómez<sup>1</sup>

Hace ya veinte y ocho años tuve la suerte de intervenir en un acto académico en el cual se presentaba el libro que recogía la que era para entonces la poesía completa de Carlos Suárez Veintimilla. Dije en aquella oportunidad: «Bien comprendo que estos tiempos son extraños si no hostiles a la poesía. Las crisis que conmueven al mundo contemporáneo y que atacan las estructuras que hasta hoy se consideraban más firmes, contagian sus efectos a los ámbitos periféricos del conflicto. Una especie de ateísmo literario, valga la expresión, niega la razón misma del arte. ‘La poesía no nos salvará’, clama un filósofo furibundo, en frase que define la actitud pragmática de las ideologías modernas».

Si tales palabras eran pertinentes en aquellos tiempos, qué podríamos decir ahora, cuando la violencia, el odio, la muerte, están marcando fatalmente los comienzos del nuevo milenio; cuando la ciencia se deshumaniza cada vez más; cuando los valores se arrinconan ante el empuje de inéditas formas de conducta que privilegian el egoísmo y la corrupción. ¿Desempeña algún papel la poesía, nos salvará la poesía, en un mundo agobiado por necesidades y miedos de toda especie, en medio de un torbellino abrumador de pasiones y perversiones?

Precisamente el Consejo Superior de la Universidad Andina Simón Bolívar ha dado una respuesta a estas interrogantes, cuando en su reciente reunión de Bogotá decidió conceder a Carlos Suárez Veintimilla la dignidad de profesor honorario de su claustro, haciendo mención precisamente de su quehacer

1. Texto leído en el homenaje de incorporación del poeta Carlos Suárez Veintimilla como profesor honorario de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, realizado el 30 de octubre de 2001.

literario y de la contribución que, principalmente como poeta, ha prestado a la sociedad. No, obviamente, porque la poesía sea capaz de detener la marcha brutal de los cuatro jinetes del Apocalipsis que han vuelto a cabalgar por los cielos del mundo; sino porque la poesía, en medio de todas estas turbulencias y contradicciones, nos devuelve la fe en el ser humano, contraponen a sus debilidades sus grandezas, y nos aproxima a los misterios más profundos de la vida: el amor, el dolor, la ternura, la belleza. No es esta la oportunidad para hacer un análisis de la poesía de Carlos Suárez, ni soy yo un crítico literario que cuente con los instrumentos metodológicos necesarios para hacerlo; pero sí creo que es pertinente el repetir en esta solemne ceremonia algunas de las reflexiones que tuve la oportunidad de compartir en el acto académico mencionado.

Y puedo afirmar, sin vacilación alguna, que el paso de los años no solo que me ha permitido confirmar tales puntos de vista, sino que me ha revelado nuevas dimensiones que surgen transparentes del conjunto de su obra. Una obra que se ha ido construyendo durante setenta años. Un largo camino, como él mismo escribía: «Un camino desigual: (a veces) con sol, (a veces) ensombrecido; con árboles, bordeando una corriente, o atravesando un paisaje desolado». Una obra que también es, en sus propias palabras, «un testimonio de un alma que lucha, o que se desaliente y se abate, o que sueña y vibra y canta».

El jesuita Aurelio Espinosa Pólit, a quien podemos atribuir el mérito de haber descubierto, si cabe la expresión, al poeta, señalaba con acierto dos vertientes fundamentales en su poesía: la canción del paisaje y la canción religiosa.

En el primer aspecto, seguramente el más divulgado, la característica central consiste, a mi modo de ver, en una suerte de interpretación romántica del paisaje, en el sentido de que los diversos elementos que prodiga la naturaleza: color, sonidos, texturas, formas cercanas o distantes, montañas, llanuras, ríos, atmósfera, flora y fauna, todos ellos son captados, no como recursos u ornamentos externos que se alquilan y disponen en un escenario, construido para satisfacer a una mirada ávida de singulares experiencias sensoriales, sino que se funden dentro del espíritu y son una suerte de anticipación y de réplica a las vibraciones interiores, a la variada gama de sentimientos profundos que palpitan en su corazón y en su mente.

Es decir, captación del paisaje, en toda su amplitud y hermosura, pero sobre todo interiorización de ese paisaje, hasta convertirlo en una expresión vital. Es que la naturaleza atrae constantemente la atención del poeta. Es, en muchas ocasiones, el paisaje de Imbabura, su patria chica, pero también el de otros lares entrevisto apenas en uno de sus viajes, que provoca a la distancia la saudade de lo suyo; o son aquellos otros retazos de paisaje, sin ubicación precisa, cuyos rasgos sueltos reaparecen de pronto en nuestra memoria, sin que

atinemos a colocarlos en su lugar exacto. La comunión con la tierra, que no es fácil restablecer, pues el estilo moderno de vida nos hace olvidar que la tierra es nuestro principio y nuestro fin.

Tal vez se deba solamente a mi gusto personal, pero debo mencionar en este punto su celebrada serie de poemas a las lagunas de la provincia de Imbabura, en la que claramente aparece esta doble función de penetración en la esencia misma del paisaje y de sutil paralelismo con el clima espiritual del espectador.

En Mojanda se patentizará la «sed eterna de altura», el «anhelo insaciado», las «ansias dispersas» que finalmente se disuelven en soledad al llegar al «hondo azul del agua». El «manso y suave rumor» de Yahuarcocha es una «plegaria ingenua y tímida». Cubilche es la inocencia celosamente custodiada; Proanta, el «silencio doliente». San Pablo, el «remanso dulce, como el alegre retozar de un niño», que de pronto se interrumpe, se suspende, bajo una oculta sensación, en el «trémulo latido», del vuelo de las garzas.

Tal vez la mejor muestra de esta compenetración la encontramos en los dos poemas dedicados a Cuicocha. En ambos casos, naturalmente, el elemento paisajístico es idéntico: «laguna: piedra, cristal y azul, solo laguna», y son los mismos, los ojos solitarios que desvelan la «pupila dulce y grave» del agua. Pero en el primer caso, el espíritu sereno y fuerte escruta filosóficamente el fondo del espejo: «Agua para pensar ... en una austera y triste lejanía». El otro poema recoge un relámpago de dolor, de desaliento, casi de miedo: «Yo soy un niño solo y esta agua tiene suavidad de madre».

Insisto: hay en estos poemas algo más, mucho más que una visión colorista revestida por la imaginación de metáforas brillantes. Se trata de una compenetración íntima, de una familiaridad permanente, de un intercambio de impresiones, en un nivel en que poeta y naturaleza son un solo ser, o manifestaciones similares del mismo poder creador.

Encuentro en este aspecto de la poesía de Carlos Suárez dos temas que me parece pertinente destacar. Adivino para el primero una motivación casi obvia para quien ha transcurrido su existencia en ese fraternal contacto con la naturaleza, incontaminada y tímida. Por reacción entonces, la ciudad, «esa cosa abstracta», como la califica, ese mundo artificial, que han construido los hombres con piezas mal acomodadas e inestables, le merece un recelo instintivo, un temor a ser engañado, a ser arrojado hacia experiencias dolorosas y pasiones extenuantes; a arrastrar una vida sin sentido, absurda, atosigada por preocupaciones estériles y enfrentamientos suicidas. Por eso las flores del páramo son tan distintas a las flores ciudadanas. Por eso el mar le resulta tan atractivo, porque inmerso dentro de él, el alma está libre de las barreras grises que levantan el hierro y el cemento; y el oído, con el rumor del viento y del agua se libera también de las estridencias urbanas.

También el poeta retorna una y otra vez al tema de la noche. Parece extraña tal insistencia en un hombre tan claro, tan diáfano, tan transparente y abierto a la luminosidad del alba; pero en estas contradicciones se descubre precisamente la esencia del don poético. La noche ejerce sobre este hombre matutino una suerte de fascinación que no puede ocultar en los diversos instantes de su poesía.

El recorrido de las horas nocturnas comienza al atardecer: «¿Señor, que tiene el alma de las tardes?». La luz de la luna en el mar provoca extrañas resonancias espirituales; las «mil pupilas abiertas» de la noche estrellada le sugieren viejos recuerdos de la vieja historia de los reyes magos; la noche oscura, en cambio, es inquieta y huraña. En la alta noche, lacerada y espléndida, evoca a los hermanos muertos: el hermano «regando juventud sobre la arena», la hermana con su traje de novia y la cruz de marfil entre las manos. En otra ocasión, a las dos de la mañana, al oír los pasos apretados del rebaño, quiere ir tras él, atado de esperanzas y estrellas. ¿Es extraño entonces que se compare con una «errabunda luciérnaga», mitad sombra y mitad luz? «Sí. Yo sé que mi luz es poca cosa y que es débil y trémula. Pero que es luz».

La razón de ser de la poesía religiosa está en su autenticidad. Con excepciones contadas, fruto de una fugaz genialidad intuitiva, solo quien cree, siente y vive una fe con decidida convicción y entrega, es capaz de trasladar al verso tales creencias, sentimientos o experiencias vivenciales. Si no es así, en la poesía seudoreligiosa se termina por descubrir la máscara que la destreza o la audacia no han podido ocultar. Esta es la causa por la cual la poesía religiosa es tan escasa y se esconde lejos del boato de las modas literarias.

Tengamos presente que Carlos Suárez Veintimilla no solo es poeta, es también un sacerdote. Más bien dicho es, principal y fundamentalmente, un sacerdote que se ha entregado a su labor cristiana con abnegación, caridad y pasión apostólicas. Pero como la dicotomía poeta-sacerdote solo opera conceptualmente, su poesía está transida siempre de esa verdad, de esa fe, de esa esperanza que alumbraba todos los actos de su vida.

Ya en su primera colección de poemas, *Caminos del corazón inquieto*, la nota religiosa resulta esencial y esa es una constante que está presente a lo largo de toda su obra. A veces se trata de recreaciones de estampas bíblicas, acuarelas, las podemos llamar, como tituló a una de ellas. Son los pescadores de Tiberíades a quien Jesús iba a convertir en pescadores de hombres, o los discípulos de Emaús incapaces de reconocer al Maestro, o la conversión de Pablo en el camino de Damasco. Escenas esbozadas apenas con dos o tres rasgos, pero suficientes para evocar todo el sentido profundo del momento escogido.

Otro conjunto importante de poemas son los que integran su autobiografía espiritual, recorrido de los diversos episodios que integran la aventura de su acercamiento y entrega a Cristo. Una aventura que se inicia con una nota

de humildad, una humildad siempre presente, «como esa higuera estéril me encontraste, Señor», y que culmina con la eucaristía celebrada en la imponente catedral de la montaña.

De su poesía religiosa, yo prefiero sus meditaciones introspectivas y retrospectivas, a la luz de la verdad cristiana. Son a mi parecer los poemas más elaborados y complejos de toda su obra, y en ellos se entremezclan, inevitable condición humana, la paz y tranquilidad de los días buenos, y el desaliento de las jornadas duras, en las cuales aparece la soledad con demasiada frecuencia y en las cuales, afortunadamente también con frecuencia, hay un hálito inspirador —sobrenatural— que supera las dificultades.

Me pareció indispensable en esta tarde, en que la Universidad Simón Bolívar, y a través de ella, el país, la Comunidad Andina, hace un reconocimiento formal de su aporte a la cultura, exponer ante ustedes, aunque sea breve y limitadamente, los argumentos que sustentan este homenaje. Tenemos ahora con nosotros a un gran poeta, a un sacerdote entregado a la tarea de servir a Dios y a los hijos de Dios más necesitados y humildes; a un ser humano repleto de ternura, de sensibilidad, de alegría y espontaneidad. También de modestia, que posiblemente le hace sentirse extraño en un acto como éste. Este personaje que ha hecho de la larga jornada de su vida una siembra constante.

Sí, creo que ahora podemos replicar al incrédulo filósofo de marras. Cuando la poesía es una demostración de fe, de amor y de esperanza, cuando rescata todas las formas maravillosas de la vida y de la verdad, cuando descubre la belleza y la trasmite sin vacilaciones ni esguinces, la poesía sí podrá salvar a esta humanidad doliente, deshecha y sin rumbo.

La poesía es luz. Y el poeta, mucho más que una errabunda luciérnaga, un creador capaz de iluminar el camino en medio de las tinieblas. ♣